

Las formas del querer

Inés
Martín
Rodrigo

Premio Nadal de Novela 2022

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1560

Y entonces ¿quién sabe? Quizá cuiden de nosotros ciertos recuerdos, como ángeles.

MARGUERITE YOURCENAR

I

El cortejo avanzaba demasiado lento detrás del coche fúnebre de color blanco. ¿Acaso no habían podido encontrar uno negro, como todos? Si seguían a ese ritmo, no habría nadie para cargar con los dos ataúdes cuando el conductor, un veinteañero que en su vida se había puesto un traje, aparcara en la entrada del cementerio. Esos eran los únicos pensamientos que en aquel instante ocupaban la mente de Ismael. Ni rastro de tristeza, aunque no tenía por qué sentirla. Pese a que esa noche apenas había dormido, no estaba cansado. Ni siquiera tenía calor, y eso que el verano recién estrenado ya hacía estragos aquel 21 de junio.

El día anterior se había reencontrado con Noray en Madrid. Su llamada lo había sacado de la incómoda duermevela matutina que te deja siempre una noche de insomnio, mientras cabeceaba delante del ordenador en la oficina. Hacía unos días que había regresado de su luna de miel con Estrella. Nada más aterrizar en su lejano destino, tras un vuelo larguísimo lleno de parejas acarameladas y algún que otro jubilado despistado, Ismael optó por entregarse a las

bondades del todo incluido, en especial las relacionadas con la ingesta masiva de alcohol en las comidas —cócteles de todo tipo, principalmente— y también en las cenas —el mismo vino blanco que el único camarero del resort con el que logró entenderse le recomendó la primera noche—. Era un estado bastante novedoso para él. No el de casado, que también, aunque a ese procuraba no darle demasiada importancia, como quien en la universidad comparte piso con un compañero que no plancha. Ismael se dejaba mecer por la ingrátida sensación de sentirse ebrio e intentaba disfrutarla sin reparar en que habría un día siguiente, y otro, y otro más. Una de las mañanas, la primera de su estancia en aquella isla en la que un par de nubes inquietas pretendían amenazar el reinado del sol radiante bajo el que los muchos extranjeros que allí se alojaban disfrutaban cociéndose, Ismael se despertó sudoroso y excitado. Acababa de soñar con Noray. No era la primera vez que le pasaba mientras Estrella estaba tendida a su lado, pero en esa ocasión algo de aquel ensueño, más bien pesadilla, lo sobresaltó, e Ismael trató de despertar hasta que, con mucho esfuerzo, consiguió despegar los párpados y abrir los ojos. Se levantó de la cama, cogió del minibar una botella de agua fría, con gas, pues parecía que allí desconocían que existía otro tipo, común y corriente, y salió descalzo a la terraza de la habitación. El turismo, del que vivían la isla entera y el resto de las diminutas ínsulas del país, obligaba a que todo estuviera dispuesto para su uso y disfrute bien temprano cada mañana, y aun así había días en los que algún turista llegaba a las instala-

mudo al pobre muchacho, que luego no pudo hacer el brindis de honor que su padre se había empeñado en que protagonizara.

Con la boda finiquitada y el vestido de novia ya encaramado a lo alto del armario, donde se quedaría meses olvidado, Estrella fue tajante:

—Solo busca llamar tu atención, y lo consigue, siempre caes. Tienes que acabar con esto.

Ismael sabía que era un ultimátum y por eso al día siguiente a primera hora fue a ver a Noray. La pilló en casa de milagro, pues estaba a punto de salir hacia su pueblo. Hablaron poco, lo que pudieron dada la tremenda resaca de ella. Ismael le dijo que ya no podía seguir con aquella farsa y le juró que era la última vez que la veía. Sin darle tiempo para que dijera algo, cualquier cosa, tal vez las palabras que él tanto deseaba escuchar, se marchó dando un portazo, como había visto hacer infinidad de veces en las películas, con la misma forzada teatralidad, y regresó a casa con Estrella.

—¿Qué pasa, cariño?

La pregunta de su mujer, que se removía perezosa entre las sábanas, sacó a Ismael del incómodo recuerdo y lo trajo de vuelta al presente compartido.

—Nada, he tenido un mal sueño. Vuelve a dormir, anda.

Estrella cerró los ojos con tanta fuerza que casi se le saltaron las lágrimas que poco después, ya sola en la habitación, inundarían su rostro. Suspiró y no dijo nada. Sabía qué le pasaba a Ismael, qué era lo que lo atormentaba desde que había pronunciado el «Sí, quiero». Pero, incapaz de afrontar la verdad, por

mucho que le doliera vivir en una mentira, fingió un bostezo y se dio la vuelta buscando refugio en el sueño. Ismael la besó, cómplice en aquel embuste, y se metió en el baño. Tras verse reflejado en el espejo, con el rostro tan blanco como la cal, pues procuraba no salir de debajo de la sombrilla y cuando lo hacía se aplicaba por todo el cuerpo una crema con factor de protección cincuenta, le vino una arcada y vomitó hasta el último resto de la cena del día anterior. Cuando logró recomponerse, todavía con las piernas temblorosas por el esfuerzo, decidió ir a dar un paseo por la orilla, a salvo todavía de los ansiosos turistas que en cosa de una hora bajarían tras haber arrasado con el bufet del desayuno.

El viento seguía soplando con fuerza, lo que había ayudado a limpiar el horizonte, que ahora se vislumbraba azul, radiante y se reflejaba en el mar, extrañamente en calma pese a la ventolera. A Ismael le gustaba caminar, lo relajaba. Prefería hacerlo solo, como casi todo, en realidad. Hasta que conoció a Noray. Entonces pasó de ser el chico introvertido de la cafetería de la universidad, escondido siempre detrás de un libro, de un periódico o de lo que tuviera a mano, a convertirse en la sombra de ella, en su eco y su reflejo. En aquel transitar por un amor irracional, como lo son todos, se había perdido, había renunciado a ser él mismo, o lo que creía ser, y se había entregado a Noray. Abstraído en aquellas cavilaciones, Ismael no se dio cuenta de que había llegado al final de la playa. Levantó la vista, anclada hasta ese momento en sus pies, por los que resbalaba el agua tibia en un vaivén divertido, y vio a un grupo de gaviotas

en mitad del espigón que delimitaba aquel terreno costero. Se fijó en una de ellas. ¿Le sostenía la mirada o eran imaginaciones suyas? Se acercó más, todo lo que pudo, y ahí seguía la gaviota, observándolo retadora. Las demás habían vuelto a emprender el vuelo en busca de restos de basura o del bocadillo que no dudarían en robar de las manos inexpertas del niño que disfrutaba de su primera experiencia playera. Pero la gaviota de Ismael no se movía, y una extraña fuerza lo llevaba hacia ella. Llegó incluso a extender la mano para intentar tocarla, acariciarla, como quien se acerca a la cría de león que parece sonreír, dentro de la jaula, en el zoológico. Pero unos segundos después la gaviota desapareció. Ismael la buscó por los alrededores. Hasta se adentró en el mar, olvidando que llevaba puesta la camiseta del pijama. De pronto, una ola lo sorprendió y lo hizo caer. Ismael notó cómo el agua le inundaba la nariz, la boca, y se dejó mecer hasta que la propia ola, ya dócil, lo devolvió a la orilla. Tendido sobre la arena, tan suave que parecía serrín, Ismael tomó aire. Respiró hondo y profundo, sin ansiedad, paladeando el sabor de la sal, como cuando era un crío y echaba tragos de agua aprovechando los pocos despistes de su madre, vigilante siempre bajo la sombrilla y con su hermano a buen recaudo. Poco después, al abrir los ojos, allí estaba ella, la gaviota, a su lado. Lo miró, a modo de despedida, y reemprendió el vuelo.

Estrella aún dormía cuando regresó a la habitación. Al echar mano del móvil para matar el tiempo con el juego de la serpiente, lo único con lo que se entretenía esos días, vio que tenía una llamada per-